DON JUAN VALERA, POR DENTRO, EN WASHINGTON

«Un ciego se adelanta —siempre ducal, siempre suscitando rumores a su paso, siempre con una elegancia que es proverbial desde su juventud, a punto de que en los salones de Washington se le apellidaba *Bouquet.*» Así describe Rubén Darío a Juan Valera en su artículo del 11 de febrero de 1899 para *La Nación,* de Buenos Aires (1).

La realidad que palpita bajo las apariencias de aquel *bouquet* español trasplantado a Washington se nos revela de un modo dramático en la correspondencia del Valera, no diplomático y hombre de mundo,

(1) RUBÉN DARÍO: *España contemporánea.* París, 1901, 66.

sino casado y con familia, del hombre de puertas adentro. Esta correspondencia del prolífico escritor no ha sido publicada en su totalidad. Colecciones parciales de sus cartas han sido publicadas repetidas veces. En 1956 Cyrus DeCoster nos dio una *Correspondencia de don Juan Valera (1859-1905)* (2). En ella el editor nos ofrece una selección muy significativa e ilustrativa de las cartas en que Valera se nos presenta tal como es en su personalidad múltiple. Sin embargo, aún quedan infinitas cartas que revelan detalles interesantes de la vida íntima del *bouquet*. Gracias a la generosidad del profesor DeCoster he podido leer muchas de las cartas no publicadas y que se conservan en la Biblioteca Nacional de Madrid. Las páginas que siguen presentan a Juan Valera a través de la correspondencia que dirigió a su esposa mientras residió en los Estados Unidos.

Desafortunadamente, sólo quedan sus misivas, pues las cartas recibidas de su mujer eran, por recomendación de ésta, destruidas, «hechas pedazos o quemadas».

Antes de pasar adelante es oportuno recordar la imagen diplomática y social que don Juan exhibió en su puesto de Washington, tal como fue observada por algún colega suyo. Ricardo Barrios, en un artículo publicado en *La Revista Ilustrada de Nueva York* el 1 de enero de 1892, es decir, seis años después de la marcha del andaluz de la capital americana, hace este elogio: «Aunque representante de una monarquía, monárquico él mismo por sus opiniones, de cuna aristocrática y con títulos de nobleza, de que no usa jamás..., trataba con franca cordialidad a sus primos de América.» Después de clasificar al *cabreño* como a «uno de los más acabados tipos del refinado español moderno», añadiendo aquello de que «no es modelo de laboriosidad, hasta el punto de que nadie podrá hacerle cargo de haber saludado un sol naciente», hace este retrato, sin duda halagador, para el diplomático español: «Es de estatura más que mediana, complexión delicada y fisonomía intelectual..., con una sonrisa casi siempre irónica que en sus labios se dibuja...; el ministro español debe aparecer en Washington como el natural jefe de todos los representantes de la familia hispanoamericana..., a efecto de lo cual ha de elegirse persona capaz de atraer todas las simpatías y de mantenerlas por el superior cultivo de su inteligencia y de sus especiales dotes literarias, como que éstas gozan de gran prestigio entre nuestra gente... Poseedor de estas cualidades, el señor Valera era así en Washington el gran dignatario de las letras hispanoamericanas.»

Cubierta bajo esta apariencia ducal y su sonrisa irónica, reflejo de

(2) CYRUS DECOSTER: *Correspondencia de don Juan Valera (1859-1905)*. Madrid, 1956.

«un espíritu un poco escéptico», disimulada en su fama literaria, latía una atormentada existencia humana. Tres son los aspectos que con un dramatismo angustioso y constante se manifiestan en su correspondencia americana: su disgusto y desdén de la carrera diplomática y de los miembros de ella, su renqueante economía doméstica y su soledad familiar.

De la carrera diplomática y en especial de los dedicados a ella por profesión Valera se ha reído infinitas veces. Un antiguo subordinado suyo en la embajada de Lisboa recordaba años más tarde «la enigmática y burlona sonrisa que asomaba a los labios de don Juan Valera al hablar de nuestra diplomacia. Yo tomé en serio lo que él tomaba a broma, y paréceme ahora que la razón estaba de su parte» (3). Ya en su viaje a Rusia, en la misión del duque de Osuna, se ríe de la seriedad prosopopéyica de su jefe y presenta a la diplomacia como una farsa y comedia medio grotesca, medio infantil. Dice Villa-Urrutia que «representaba Valera su papel con cierta natural distracción y con gran desenfado y burlona indiferencia» (4). Valera fue, en realidad, un hombre refinado y minoritario —horaciano y frecuentador del pequeño huerto de fray Luis— para el que la diplomacia no tenía más compensación que la oportunidad de los viajes, un sueldo más o menos estable y abundante tiempo para dedicarlo a las letras. Su entrada en la carrera diplomática fue un error, pues no tenía ni disposición ni interés para sus exigencias. Su inteligencia rápida y sutil encuentra una barrera en la estupidez y lentitud de sus subordinados, y su ausencia de ínfulas pretenciosas le hace chocar con la vanidad hueca de los acartonados diplomáticos de profesión.

Su desesperación ante la ineficacia de sus ayudantes le hace ser sarcástico: «Tú sabes el odio y rabia que, por lo común, secretarios y agregados profesan a los jefes, sin que esto se pueda remediar. Yo procuro ser amabilísimo, pero ni aun así logro que me quieran bien mis subordinados... Cumbres-Altas no concibe una idea, no formula un pensamiento, no suelta una frase que no sea del todo insignificante. Es tonto, pasivo e inerte. Pedroso es tonto también, pero presumido, vacío e inaguantable; es un habanerito; supongo que medio mulato, como casi todos los habaneritos; presumido, falso e inaguantable. El primer secretario está en Babia; es un bendito. Yo creo que aquello no es natural. La mujer, que es turca, y se quedó en Constantinopla, hubo de darle por fuerza algún elixir que ha paralizado todas las potencias de su alma... El segundo secretario es la única criatura racional que

(3) MARQUÉS DE VILLA-URRUTIA: «Don Juan Valera, diplomático y hombre de mundo», en *Los embajadores de España en París de 1883 a 1889*. Madrid, 1927, 47.
(4) *Ibíd.*, 44.

hay en la Legación...; su conversación es pasable» (5). Poco después de dejar Lisboa, y criticando a sus secretarios, dice de ellos que «ambos son muy vil canalla; pero Villa-Urrutia es más presumido, apestoso y necio, aunque menos falso y servil», y poco antes: «la canallería de mis dos secretarios está en regla. Todos los de la secretaría han estado no menos canallas contra mí». Algo había de real antipatía, que Valera dejaba traslucir, pues en una ocasión tiene que defenderse, en carta a su mujer, diciendo que «la verdad es que yo no recuerdo haber llamado jamás cagatintas a los diplomáticos de carrera... [aunque] los diplomáticos de carrera merecen que se les llame cualquier cosa».

Este sentimiento de latente antagonismo hacia sus subordinados es tanto más de extrañar cuanto que Valera afirmaba desde Rusia en 1857: «soy más inclinado a bendecir que a maldecir». Quizá refleja aquel íntimo escepticismo de Valera frente a los seres humanos y sobre todo su tirria hacia las apariencias, que, brillantes y aparatosas por fuera, ocultan un vacío real.

Aunque Valera se reía irónicamente de los diplomáticos profesionales y de su tieso empaque afectado, en Washington puso su amor propio y, ¿por qué no decirlo?, su orgullo patriótico en juego para lograr ciertos pequeños triunfos en favor de España y de su propio bolsillo. Así, en carta de 21 de marzo de 1884, a los dos meses escasos de su estancia americana, dice: «Me lisonjeo de que aquí adquirí una respetabilidad que ni Barca, ni Roberto, ni Mantilla tenían. Un hombre honrado, de buena fe, no del todo blandengue acaba por imponerse y hasta por hacerse respetar hasta en la cueva del capitán Rolando.» Claro que para ello no puede prescindir de ciertos aparato o apariencia externa, pues «no puedo vivir miserablemente siendo ministro de España».

Continuamente hace referencia en sus cartas a sus actividades y a sus éxitos como ministro en Washington: «Estoy seguro de que ningún otro ministro de España hizo ni haría aquí más que yo hago... Creo que estoy bien quisto y que me atienden y consideran cuanto es posible.» Y un mes más tarde: «Creo que el Gobierno ha de estar contento de mí, pues llevo los negocios de aquí, que son difíciles y harto enojosos a veces, con prudencia y economía.» Durante su estancia en Washington Valera tuvo que hacer gestiones en un asunto económico en el que se ventilaba la firma de un nuevo tratado comercial entre España y los Estados Unidos, en relación con las tarifas aduaneras

(5) La mayor parte de la correspondencia de Valera citada en este trabajo es inédita. Los originales se encuentran en la Biblioteca Nacional de Madrid. El profesor C. DeCoster tiene planes de publicar algún día el epistolario completo de don Juan Valera.

entre éstos y Cuba y Puerto Rico. En este asunto tuvo por contrincante por la parte americana al abogado Foster, ministro de Estados Unidos en Madrid. En las cartas a su mujer, que, por lo general, se limitan a tratar temas familiares, Valera deja escapar de vez en cuando alguna información de su trabajo profesional. En repetidas ocasiones hace alusiones a Foster y ninguna halagüeña para éste. DeCoster, en la obra citada, hace referencia a cierta mutua crítica, aunque al tiempo de hacerla ninguno de ellos supiera lo que el otro pensaba, al menos por escrito.

Pero Valera no era enemigo suficiente para el aventurero y dinámico abogado Foster; además de que el juego (no era otra cosa para Estados Unidos la relación con España con respecto a Cuba y Puerto Rico) era el del gato y el ratón. El primer contacto que hacemos con el ministro americano en Madrid es una carta de marzo en que Valera dice a su mujer: «Foster ha ido ahí dispuesto a saquear a España y a vivir del miedo nuestro.» Valera se da cuenta de que, por mucha dignidad y distinción que su persona pueda inspirar, a la hora de la verdad, que en el país de los negocios es la del dinero, nada cuenta más que el poder y éste en lanzas de plata. Al mes de su noticia sobre Foster añade este detalle, que pone en evidencia las dos, tan diversas, actitudes negocieriles de ambos ministros: «Foster ha llegado aquí a escape, en un vapor que andaba muchísimo. Ha hecho la navegación en menos de siete días. Ayer estuvo a verme. Hoy le pagaré la visita.» A Valera le pasma la movilidad y la rapidez con que su oponente se mueve. Sin embargo, logra ocultar su disgusto y su antipatía, y al año siguiente dice: «Ayer comí en casa de Foster con varios senadores de los que están a favor del tratado.»

Don Juan Valera no era lo que los americanos llaman *match* para el sagaz e inescrupuloso Foster, quien cuenta en sus memorias cómo sobornó a un aristócrata español para obtener subrepticiamente una copia del tratado de reciprocidad comercial del Ministerio de Asuntos Exteriores, pagando dos mil dólares para ello (6). Para la mentalidad noble de Valera era algo indigno este comprar no agentes, sino políticos y peor aún nobles arruinados. Así se pasma en una ocasión: «Aquí los altos funcionarios son muy disimulados, pero es menester creer que toman dinero. La casa comercial Lareche... tiene lista de las personas a quienes hay que dar y cuánto. Hay que dar a Bayard, a Porter, el subsecretario; al abogado consultor del Ministerio, etc.» Pero es a Foster a quien ataca más aceradamente: «El que anda más metido en esto es Foster como abogado. Buena púa *(sic)* es el tal

(6) JOHN W. FOSTER: *Diplomatic Memoirs*. Boston, 1909, I, 259.

Foster. Para él será gran negocio el de Lareche»; y al mes siguiente: «Yo sé que Foster tiene bien preparado el negocio; al menos se jacta de ello.»

Poco días antes de salir de Washington decía Valera: «Foster, que conoció a Muruaga [el nuevo ministro de España en Washington] en México, será aquí el verdadero y real ministro de España.» Por su parte, J. Foster, sagaz y ladino, nos da su opinión personal de Valera, de aquel don Juan escritor, que nos asegura que «carezco completamente de habilidad diplomática y tengo además escrúpulos y sutiles delicadezas que me impedirán siempre hacer dinero» (12-28-84): «He [Valera] was not without political and diplomatic experiences, as at the time of his appointment he held de office of Senator and had recently retired from the post of Minister to Portugal. Those who knew him well at home predicted that he would not make a successful minister, as he did not have the disposition or business capacity to master the intricate and annoying questions involved in our relations with Cuba, not withstanding his social gifts and his literary talents. The prediction proved correct, as he found the arassing affairs of Cuba irksome, he wearied of his duties» (7). Poco más de un mes más tarde el ministro español reconoce su fracaso. Toda su actividad (no mucha, en realidad) se ha estrellado contra la oposición de los políticos, que exigen una mayor libertad de comercio con las Antillas españolas: «Estoy fastidiadísimo por el fiasco que he hecho con lo del tratado, comprometiéndome por exceso de celo y deseoso de obtener un triunfo, que era harto difícil...; he aventurado mucho por el ansia de obtener un triunfo y he quedado burlado.» Valera había puesto sus ilusiones en el feliz éxito de este tratado («el tratado de comercio me trae preocupado. Dios quiera que pase, aunque lo dudo». «Si el tratado se ratificase, me afirmaría aquí y me luciría, pero la oposición es fuerte y harto difícil vencerla»), pues descontento de su vida en América («te aseguro que cada día estoy menos entusiasmado con los Estados Unidos»), se ilusionaba con una posibilidad que describe así en una larga carta de 2 de junio de 1884: «yendo yo ahí [en Madrid] al Senado, tratando de hablar en él y de fijar mi posición, podía dar un cambio y ponerme con quien mejor me pareciese. De este modo, interviniendo de nuevo y con más juicio y fortuna en la política, quién sabe si podría yo tener aún brillantes posiciones en Europa [embajador en Roma, Berlín y «hasta en París»] y hasta llegar a ser ministro de la Corona».

Estos sinsabores de su quehacer diplomático se completan con su disgusto de los políticos americanos. «Los políticos son aquí unos ban-

(7) *Ibid.*, 274.

didos, y tal proceder no se censura, antes se aplaude, si se da parte a gente de aquí en el saqueo»; y más adelante: «el Gobierno de aquí es muy exigente, y siempre nos está dando que sentir». Según Valera, se trata de que toda la nación es un conglomerado de gentes de aluvión venidas de todas partes: «Peor que la manteca y que todo es la gente. No parece sino que todos los escapados de presidio de Europa han venido a establecerse aquí. Esto al principio divierte, pero a la larga cansa y da mareos.» Su opinión se confirma con la de Pastorín, delegado naval español al congreso para el establecimiento de un nuevo meridiano, de quien hace este comentario: «Me hacía gracia por lo maravillado que estaba [Pastorín] de lo bárbaros que son aquí.» Son los políticos los que reciben las rociadas del mal humor de Valera: «los *politicians* son vanos, soberbios y creen que les tenemos muchísimo miedo». El cuadro americano se completa con otros detalles que, por el estado de alma de Valera y la situación precaria de su bolsillo, son de matiz oscuro. El muy sociable y conversador andaluz se desespera en su soledad forzada, pues «los hombres andan tan ocupados con sus negocios que no tienen tiempo para la amistad, y las mujeres, como ya estoy viejo, no me hacen caso». Por otra parte, «hay que echarse a temblar cuando pides que te hagan algo. No hay ciudadano de la Unión, blanco, mulato o negro, que no se crea una potencia propincua a ser presidente, y que, por lo tanto, no se haga pagar un dineral por el menor servicio». A todo esto se añade el pésimo gusto que tienen los americanos en artes y de lo «endeblillas que son sus literaturas y filosofía, reflejo pálido y desteñido trasunto del inglés... y la vanidad colosal y casi monstruosa de estas gentes», y «que el Presidente es un barbarote y que su hermana miss Cleveland es muy fea», y que el clima de Washington es abominable, donde «en verano se achicharran los pájaros y en invierno se caen muertos, helados», con un suelo que es «un espejo de hielo, sobre el cual no sé sostenerme, resbalo y me caigo».

Había otro motivo exterior y circunstancial que hacía la vida de Valera extremadamente infeliz en América. El, de quien dice R. Barrios «que es, a no dudarlo, uno de los reyes de la conversación», tenía que callar, no para escuchar, sino porque no podía comunicarse: «Estoy tristísimo de verme solo. Si llego a dominar el inglés, creo que podré servir aquí mucho mejor que otros. Mi maldita torpeza me desespera. Soltándome yo a hablar bien inglés me ganaría la voluntad de todo el mundo.» Pero este deseo nunca se cumplió, pues «tengo un oído de cal y canto, de modo que, si bien tengo buena memoria, ésta no me sirve, y sudo y trabajo casi en balde para hablar en inglés, lo cual me carga y mortifica mi amor propio».

El lector de esta correspondencia tan franca y sincera percibe que no son los problemas profesionales, aunque mortificantes y desalentadores por falta de verdaderos y tangibles éxitos, los que ensombrecen el alma de Valera. Son otros los motivos de su profunda tristeza, de su disgusto de la vida. La suave sonrisa irónica, las afables maneras sociales, responden a la condición benigna de don Juan, pero no reflejan la situación real de su espíritu. Dos son las circunstancias que ensombrecen el cielo azul de aquel hombre y novelista, que entendía que su misión como hombre y como escritor era embellecer la vida y hacerla más amable. Esas circunstancias fueron las que le impulsaron a solicitar el puesto diplomático de Washington, y las que, a pesar de sus esfuerzos, le acompañaron hasta su muerte, aunque en sus años posteriores fueron menos acuciantes.

Antes de emprender su viaje a Estados Unidos deja escapar este grito de rabia y de desilusión: «¡Maldita sea mi pobreza!», que en Washington se repite así: «¡Horrible cosa es ser pobre!», y otra vez: «[estoy] con el agua al pescuezo, ahogándome en deudas y en apuros, desesperado y rabioso». Sentimientos que de una u otra forma se repiten de continuo en esta correspondencia entre marido y mujer. Típica representación de esa sufrida clase media, que, aunque en posición política o social destacada, es incapaz de mantenerla brillantemente según el rango oficial que ocupa. El Valera que se nos presenta en sus obras literarias tan alejado de las preocupaciones materiales, de las angustias del vivir de cada día y de cara a la despensa, asegura a su mujer que tiene que prescindir del vino porque hay que pagarlo a precios exorbitantes. Don Juan, sin duda, se sentía rebajado ante sí mismo, pero tenía que acallar sus escrúpulos de gastador y las advertencias de su mujer, pues llega a detalles mínimos, como cuando, con aire de queja, anota que «gasté ocho duros en el telegrama que envié desde Liverpool», o que los cigarros que fuma cuestan mucho (8). El sibarita que hubo siempre en Valera no se resigna a sacrificar sus pequeños placeres personales. Pero la misión diplomática española en Washington no da

(8) Las siguientes líneas de una carta de Valera nos revelan algunos detalles sórdidos de su situación económico-familiar: «En tu carta del 5 me haces la cuenta de lo que he tomado para probarme que debo tener dinero... y que lo he malgastado. A esto no sé qué contestar porque no llevo libros de mis gastos... He pagado el mes de alquiler de la casa; salario y mantenimiento de Antonio [el criado]; varias composturas de ropa; otra nueva factura ayer de los forros de mi levita, que me han costado cuatro duros; el porte de un cajón de libros; al sombrerero, por componer mi hongo; dos pares de zapatos, a cinco duros par, y han sido dos pares porque tengo los pies perdidos, como todo yo lo estoy, y no hay zapatos que pueda yo sufrir, y, sin embargo, no es posible ir descalzo. En fin, se me ha ido el dinero y sólo me quedan 300 pesetas. Hasta en el tresillo, mi única diversión, la suerte no me ha sido favorable en estos últimos días. La verdad es que ya que no me muero, debiera meterme en algún rincón donde nadie me viera.»

para muchas gollerías. El joven primer secretario, que desde Rusia decía a su jefe L. Augusto de Cueto: «mi mejor hora del día, lo confieso con vergüenza, es la hora de comer» (9), no puede permitirse el lujo de un cocinero francés, y se queja de continuo de que en la capital norteamericana no se come bien: «Yo creo, le dice a su mujer, que sólo en Francia saben guisar. Aquí guisan infamemente, y creo que hay varios colegios de cocina, lo que tú, me parece que de bromas, deseabas que hubiera en España. Pero, con ocasión de estos colegios, se puede decir aquel latín macarrónico: *quod natura non dat Salamanca non prestat (sic).* El que no tiene la inspiración, el genio, el fuego divino guisará siempre bodrios por más que estudie.» En otra ocasión vuelve sobre el tema y se lamenta de que la manteca no es sacada de leche de vaca, sino compuesta químicamente, con mil ingredientes abominables. «Todos en esta casa (escribía años adelante desde Viena) echamos de menos el puchero de ahí, el arroz a la valenciana, el bacalao a la vizcaína y hasta un buen potaje de judías» (10). Esta antipaía y disgusto de Valera por la cocina americana y sus productos debieron ser conocidos en el mundo diplomático establecido en Washington, pues Foster hace este comentario sobre el particular: «In writing home of the discomforts he suffered in America, he specially compained of the cooking as wretched. Members of our legation who were familiar with the cuisine of Spanish hotels, suggested that he had probable failed to take with him a full supply of rancid oil» (11). Valera, acostumbrado a los cuidados de la familia y a ser objeto de mimo por parte de los suyos, se siente abandonado y triste. Se repite ahora, con la agravante de sus veinticinco años pasados desde que escribía así desde Rusia: «Estoy mimado en mi casa y aquí ni me sirven, ni me cuidan, ni me preguntan siquiera si me llevan o no me llevan todos los diablos» (12). La sociedad americana era muy distinta de la española y de la europea, y don Juan carecía del dinero necesario para compensar, siquiera fuera parcialmente, las deficiencias e incomodidades de su nueva situación, según aquello de «todos los duelos con pan son menos». Ni criados, ni hoteles, ni coche, como él los quisiera, podía permitirse el ministro español en Washington.

Esta angustia económica persiguió a Valera durante toda su vida, pero se acentuó sobre medida en su estancia en las misiones diplomáticas de Lisboa y Washington. Tanto es así que confiesa paladinamente

(9) JUAN VALERA: *Obras completas.* Madrid, 1958, III, 97.
(10) J. DOMÍNGUEZ BORDONA: «Centenario del autor de *Pepita Jiménez.* Cartas inéditas». *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo,* II (1925), 237 y ss. (En adelante citaremos: por BORDONA: «Cartas inéditas»).
(11) J. W. FOSTER, *op. cit.,* 274.
(12) J VALERA: *Obras completas,* III, 117.

que la única razón de solicitar el puesto de Washington y de permanecer en él es el dinero, la necesidad de pagar sus deudas y poder mirar cara a cara a sus acreedores. Estos se encuentran por todas partes: en Madrid, en Lisboa, en Andalucía, en París. El pobre nuevo ministro de España dice que «ando cavilando sobre el mejor medio de tener dinero para ir a Washington. Veré cómo me atrevo a pedir a Sofía [su hermana] que me fíe o para que alguien me dé aquí la cantidad que necesito y que en Washington pagaré. Estoy tan harto y contrariado de estos apuros que para no verme en otros me parece que voy a ser en Washington un Harpagon».

Llegado a su puesto, y ante las dificultades y apuros de sus trabajos, confiesa que «por mi gusto no hubiera venido, y aun después de haber venido, me iría, y que ya no en Madrid, en Cabra viviría yo más dichoso. Bien considerado yo vine aquí y sigo aquí, porque desde aquí puedo enviarte 7.000 u 8.000 reales al mes, y desde ahí y desde Cabra no puedo». Esta es, dice Valera, la razón última de su decisión para pasar el charco. Bien es verdad, como veremos más adelante, que no es éste el único motivo para salir de España y de su familia. Pero ciertamente las dificultades económicas en que se movía la familia influyeron en su decisión. ¡Qué tremenda desilusión y cansancio y hastío no revelan estas palabras, que, a punto de tomar el barco en Liverpool, escribe a su mujer: «Voy casi arrepentido de haber pedido y aceptado puesto tan lejos. Estoy tristísimo de verme solo. Me siento viejo y enclenque para tan largas expediciones; pero yo estaba desesperanzado de la pobreza y de las deudas y no veía otra manera de ponerme a flote, y cerré los ojos y busqué y tomé esto, cuando ya lo que me convenía era haberme metido en Cabra con mis libros.» Pocos días más tarde, desde el hotel neoyorquino donde se hospeda, asegura que sólo *la miseria,* las deudas, la necesidad le han traído a este país. Valera se esperaba las dificultades y, sobre todo, los sinsabores de su trabajo: «Yo no me he llevado chasco. Yo presentía el sacrificio; pero estando en Doña Mencía en octubre de 1883 sin un ochavo, con muchísimas deudas y sin esperanzas de ganar dinero, y teniendo que vivir ahí a tu costa o no sé cómo, pedí a Ruiz Gómez este puesto y me lo dio. Con cerca de sesenta años entonces, tuve, muy contra mi gusto, que dejar mi academia, mis libros, mis amigos, mi sociedad y sobre todo mis hijos (de ti no hablo porque no me puedes sufrir), pasar el Atlántico sin gana y venir aquí a morirme quizá en la soledad y lejos de la patria.» Esas *muchísimas deudas* fueron la espada de Damocles que amargaba de continuo el espíritu de Valera. Apenas si hay carta desde Washington a su mujer en que no se haga algún

comentario sobre este particular. Lo extraño es que algo no muy claro debía de haber en el asunto, pues don Juan, aunque no niega la existencia de las deudas, trata de defenderse de la acusación, sin duda formulada por su mujer en sus cartas, de haber contraído excesivas deudas, como afirmaba, entre otros, su antiguo secretario en Lisboa, Villa-Urrutia. Y con todo, él mismo vuelve al tema y en momentos de pesimismo confiesa: «algunas [deudas] voy pagando, pero debo mucho aún», y «yo tengo muchas deudas y poco a poco voy pagando algunas»; y en otra ocasión: «yo tengo muchísimas deudas». «Si en vez de gastar, a más de lo que da el Gobierno, todo lo mío y las rentas de mi mujer y las de mi suegra, hubiera yo ahorrado algo, o siquiera estuviese a flote, yo estaría en Madrid. La diplomacia es un lujo» (13). A sus parientes los Caicedos debe una suma importante cuando llega a los Estados Unidos, pero logra liquidarla al cabo de un año, porque «el turrón diplomático» de Washington, aunque no es una mina de oro, todavía permite hacer algunos ahorros. En carta de 4 de julio de 1884 hace una relación de sus acreedores y de las cantidades adeudadas. Los Caicedos, Joaquín Valera, don Juan Sierra, de Granada; el conde de Camondo, el señor Vaz, de Lisboa, aparecen en la enumeración. Al menos, el detalle vergonzante y sainetesco se ha logrado salvar: «Yo no he dejado ahí, ni en sastre, ni en zapatero, ni en tienda alguna, la más pequeña cuenta que pagar. Ni pagues, pues, nada si por equivocación o malicia acudiesen con cuentas», dice a su mujer desde París y camino de América. Pero es un tema desagradable, y «hablemos de otra cosa menos ingrata. De deudas ya seguiremos hablando otro día. Por hoy basta decir que si no me muero y este puesto me dura, no dejaré deudas al morir». Este detalle de la muerte, añadido a su preocupación de las deudas, es un pormenor que aparece de continuo, hasta convertirse en elemento obsesivo. Es algo más que la simple idea de la muerte como final natural de una vida. Tiene carácter de inquietud angustiosa y amargante. Aunque, como veremos, don Juan es un hombre escrupuloso en el manejo de los fondos públicos, siente la tentación rondarle de continuo, y recuerda la imagen trágica de su predecesor en el puesto, Barca, que se suicidó al ser relevado, y según da a entender Valera, porque las cuentas no estaban muy claras. Hay horas muy dolorosas en los días y en las noches de Valera en Washington. «La malaria me tiene fastidiado y algo calenturiento casi todo el día. Me duelen además las muelas y, más aún que las muelas, una parte de la mano derecha—supongo que de reuma—. Yo estoy de tan mal humor y tan averiado de salud, con tantos dolores, que no tengo

(13) BORDONA: «Cartas inéditas», III (1926), 435.

gusto para nada», lo cual le lleva a sentirse melancólico y abatido. Su humor en noches de insomnio es negro y hasta piensa en cosas impías, tan en contra de «mi condición, que es piadosa y optimista, aunque no sea cristiana. Entonces pienso que el mundo es abominable (el nuevo, peor que el viejo) y que la vida es un mal, y que para hacerle más grave y más duro nos ha dado la Naturaleza el estúpido temor de la muerte». Sin embargo, Valera lucha contra este sentimiento, que a veces le domina hasta la acedía, y con su natural optimismo trata «de evitar la desesperación, porque es menester vivir, y vivir serenamente, para salir de mil compromisos, pagar no pocas deudas». Así, a pesar de los innumerables pequeños inconvenientes que le tienen *incocorado,* es tal «mi flaqueza y miseria de espíritu y mi infundado y necio horror a la muerte, que no tengo ganas de morirme; estupidez grande y cobardía necia, por cierto, pues yo no sé qué iba yo a perder perdiendo la vida». El epicúreo y estoico andaluz no es ya el joven secretario español que en Rusia, un cuarto de siglo antes, podía enfrentarse con la soledad y las nieves del invierno moscovita. En pleno verano encuentra que Washington es hermoso como un paraíso, pero insalubre, y además «infunde profunda tristeza el aislamiento en que vivimos». Y de nuevo un año más tarde: «es muy singular: aquí hay mucho dinero; el país es grande y fértil; ciudades como Boston, New York y Filadelfia son verdaderamente magníficas...; sin embargo, en todas partes, y más aquí, se diría que se respira la tristeza en el aire que se respira». Aunque este sentimiento le domina desde el comienzo de su estada en América y se acentúa más y más, llega a su más amargo *climax* en la ocasión de la carta ahora mencionada. Las líneas que preceden pertenecen a la carta en que comenta con su mujer una de las penas más amargas de su vida: la muerte de su hijo Carlos, de dieciséis años, y en quien su padre había puesto sus mayores ilusiones.

La misión diplomática en Washington no trajo satisfacciones de ninguna clase a Valera. La honradez profesional de que a veces se jacta es un consuelo muy pobre cuando se han puesto las esperanzas en éxitos más resonantes. Así, cuando Cánovas le escribe para decirle que está *satisfechísimo* de él, Valera tiene que reconocer que el político conservador y artífice de la Restauración borbónica es muy amable y le agradece en el alma su elogio, «pero reconozco que nada notable he hecho; sólo no he hecho picardías ni desatinos». Una serie de comentarios sobre el particular en esta correspondencia merecen nuestra atención. Ya desde el momento en que renuncia a su misión lisboeta se nos aparece el hombre que —quizá, como dice Villa-Urrutia, muestra desinterés en su trabajo diplomático no por pereza, sino por la falta

de afición e interés, considerando la diplomacia arte decorativo y secundario—posee un elevado concepto de la moral en los asuntos económicos. Valera, epicúreo y hombre de letras, reconoce que no tiene tupé para los negocios no limpios. Según él, «un tuno completo está bien; un hombre honrado que, por debilidad y un poquito de codicia, hace una ligera porquería es sobradamente cómico». Al meterse de lleno en los asuntos de la misión diplomática de Washington y poner sus manos en los negocios no tan limpios en que se habían comprometido sus predecesores en el puesto, hace este comentario: «Esto ha sido una ladronera. Yo me propongo y espero conducirme con honradez y no me aprovecharé de nada.» Por eso le duele vivamente que España malgaste el dinero en enriquecer a sus agentes y aliados (altos oficiales del Gobierno americano), sin lograr resultados efectivos. «Aquí se ha tirado el dinero de una manera espantosa, desvergonzada y hasta necia, con pretexto de vigilar a Cuba. Mantilla y Roberto, sobre todo, robaron de veras. Fingían espías, suponían sobornos, que no hacían, etc.» Con ocasión de establecer el derecho y las reclamaciones de algunos súbditos norteamericanos de Cuba se había recomendado a un grupo de consultores que opinaran sobre el particular. Estos consultores o jueces «van a comer a dos carrillos. Todo esto me parece indigno y bochornoso para España». Añade Valera: «Te cuento secretos sucios de Estado. Cállate la historia de los seis millones.» Pero no puede resistir un poco de cotilleo y continúa murmurando con su costilla: «Al ministro de Suecia, aquí, por haber sido juez, se le han ofrecido además 9.000 duros y habrá que dárselos, porque esto consta. También habrá que darle un regalillo o joya que valga 3.000 duros. También le han dado a su mujer la banda de María Luisa. Ya ves si aquí somos espléndidos.»

La situación del nuevo ministro español en Washington es doblemente difícil. A Valera le revienta el trapicheo, el espionaje, la trampa, todo lo que implique agua turbia, y además le descompone que unos malos españoles se alíen con otros no menos malos yanquis para robar a España. Se espanta de los grandes robos y estafas que se han hecho en la misión diplomática; cita los nombres de los diplomáticos envueltos y se ve como un Quijote que viene a enderezar entuertos: «Yo vengo a pagar lo menos posible, dejando siempre a salvo la honra de España y cumplimentadas las obligaciones contraídas con fuerza legal o moral.» El idealista Valera recibe la visita de un tipo que se ofrece a asesinar al conspirador cubano Agüero, recién escapado de la cárcel de Cayo Hueso, si se le adelanta dinero: «Claro está que yo no le he dado un céntimo y le he mandado a paseo.» Con ocasión de estos manejos de compensaciones monetarias y de actividades contrarrevolucio-

narias, Valera tiene sus manos metidas en la masa, y ante sus ojos, los miles de duros que aún debe a sus acreedores (y a su mujer y a sus tres hijos en Madrid, que viven no en el tren de vida y en la tranquilidad económica que él quisiera). Aquellos trescientos mil duros o dólares que danzaban ante sus ojos eran una ocasión propicia; pero «jamás he deplorado, dice, no haber hecho picardías; pero sin deplorarlo, reconozco que en esta ocasión, poniendo un poquito de lado la honradez, hubiera yo podido a mansalva meterme en el bolsillo de 20 a 30.000 dólares.» El buen humor irónico de Valera termina así su confesión de manos limpias: «No lo he hecho, y el cielo, para acrisolar más mis méritos o el diablo para castigar mi simpleza, me ha enviado muchísimas desazones, y hoy, un horrible dolor de muelas.» La impecunia del pobre ministro es angustiosa, y así su fantasía le hace soñar con una posibilidad: «Otro negocio traigo entre manos, que puede traerme ventajas. Es una reclamación de unos españoles contra este Gobierno, que ha de importar sobre un millón y 200.000 duros. Si consiguiésemos que este Gobierno pagase —yo no he concertado nada—, sería porquería indigna de mi carácter; pero si los de la reclamación toman los duros, se me antoja que han de hacerme un regalo, y ya sería tontería no aceptarlo.» Esta ilusión rosada mantuvo a Valera en una ansiosa expectación que al fin no se realizó. Aquel *ponerse a flote* de que habla repetidas veces nunca se cumplió. Se percibe un aire de desengaño cuando escribe que «el Gobierno español se pasa de generoso con estos *yankees*» y ve los miles y miles de dólares que en concepto de indemnización se pagan a súbditos americanos, de ordinario cubanos que se hacen ciudadanos de la Unión para así asegurarse compensaciones por daños causados en las revueltas independistas.

Las ilusiones de don Juan de poder pagar sus deudas no se realizan tan pronto como él quisiera. Está acostumbrado a la buena vida, al estilo *ducal,* y además ahora es el ministro de España en Washington. Valera no se resigna a ser considerado parte de «la pobre diplomacia hispanoamericana [de la que] hacen aquí ascos, considerándola cursi». Tiene conciencia de la elevada dignidad de su puesto y quizá una visión un poco quijotesca de la ¿grandeza? de España: «Todo un ministro de España vive aquí en un quinto piso de un hotel, diciendo con el poeta Grilo en sus hermitas: "Para llegar al cielo / qué poco falta".» El *bouquet* washingtoniano no puede vivir sin rodearse de ciertas apariencias que son necesarias o convenientes al prestigio del país que representa, todo lo cual significa gastos y deudas aplazadas. «Lo que siempre anda escasillo para mí es el tiempo, del cual, lo mismo que del dinero, soy harto poco económico, por más buenos propósitos que

hago. Usted no me imite en el despilfarro de ninguno de estos dos preciosos artículos» (14).

Sin duda, el aspecto más dramático y aun doloroso de la estada de Valera en Washington fue la soledad familiar. DeCoster, en su artículo «Valera, en Washington» dice que «a lo largo de su vida, don Juan Valera hizo honor a su nombre, y el número de sus conquistas amorosas es legendario» (15), y hace referencia a dos mujeres de Washington, posibles enamoradas de Valera. Pero estas posibles aventuras no tenían por parte de don Juan la exaltación pasional ni la tórrida temperatura de la famosa, que tan bien relata en sus cartas de Rusia, con la actriz Magdalena Brohan. Por otra parte, entre bromas y veras, el don Juan cabreño afirma que procura curarse en salud antes de meterse en honduras, no vaya a ser que «el demonio haga que uno resbale y se deslice, poniéndose en empeños de que sería menester sacar fuerzas de flaqueza para salir airoso» (16). «Las mujeres son aquí (en Washington) como ahí ni se sueña: libres, apasionadas, terribles, rompiendo por todo cuando algo se opone a su antojo, si le tienen. Yo debí venir aquí hace veinte o treinta años, no ahora, que tengo encima sesenta. ¡Qué vida se rasparía aquí un joven europeo, listo, robusto y agradable! ¡Estas sí que son mujeres decididas! Cuando quieren a un hombre hacen por él lo que dicen estos versos, que una de ellas me ha enseñado:

And health, and wealth, and name, and fame
And God's own hopes, and Heaven's bless
I'd give them all, nor blame, nor shame
For thy one smile, for thy one kiss.

Lo cual, en mala prosa castellana, es como si ella dijera: "Y la salud, y el dinero, y reputación, y nombre, y la esperanza en Dios, y la bendición del cielo, todo lo sacrificaría yo, sin pudor ni vergüenza, por una sonrisa tuya, por un solo beso." ¿Qué tal?

En fin, si yo no estuviese tan deteriorado, daría más que besos y sonrisas, y aun me inspiraría en estos dares y tomares para escribir novelas de pasión realista que habían de arder en un candil; pero estando como estoy, casi más vale pensar en las postrimerías y prepararse a bien morir» (17). Todo eso era accidental y transitorio. Valera tenía sesenta años, una mujer y tres hijos, y podía palpar que su matrimonio, desde el punto de vista del afecto y la mutua comprensión, era un fracaso. Cuando Valera se casó con Dolores Delavat en París

(14) *Ibid.*, II (1925), 244.
(15) CYRUS DECOSTER: «Valera, en Washington». *Arbor*, XXVII (1954), 215-223.
(16) C. DECOSTER: *Correspondencia de don Juan Valera*, 108.
(17) BORDONA: «Cartas inéditas», II (1925), 241.

el día 5 de diciembre de 1867 tenía cuarenta y tres años y su novia veintiuno.

El maduro tenorio de la diplomacia hispana llegaba a las puertas del matrimonio más quizá como un hermano Juan unamunesco que como un conquistador de leyenda. A los cuatro años de unión escribía a su madre estas líneas, epitafio sarcástico que un espíritu maligno colocaba sobre el montoncito de tierra que cubría las ilusiones que don Juan se hacía cuando dirigía sus amorosas misivas a su novia: «Mi abuela-suegra murió el 15 en Londres. Dicho sea entre nosotros, mi mujer lo ha sentido bastante menos que yo. Lo ha sentido poco más que si yo muriese, de lo cual tal vez se alegrara, calculando mal que iba aún a casarse con algún príncipe, duque o conde por lo menos.» Valera no puede hacerse ilusiones acerca de los sentimientos de su esposa. Con una infinita tristeza le escribe desde Washington que se siente viejo y cansado. Tal vez en el fondo de su decisión de aceptar el puesto americano está latiendo este palpitante dolor de no ser amado ni siquiera apreciado. Después de su dimisión de la legación lisboeta, motivada por razones de moral política, y que Foster alaba como un gesto digno y elegante de Valera, mientras la familia continúa en la capital portuguesa, él, cargado de deudas y con el corazón solitario, busca un empleo. En esos días escribe esta carta a su mujer, mezcla de tristeza, enojo, desesperación, rabia, broma, travesura y ¿hasta dónde es sincero?: «Cuando te muestras tan valerosa y generosa me infundes ánimo y matas el mal espíritu que me atormenta e inutiliza. Tú lo puedes todo conmigo como quieras y como me quieras. Alentado por ti, creo que iré hasta donde llegue el límite de mis facultades y que éstas desplegarán bríos y poder que no manifestaron nunca antes. Yo necesito que me animes y que me estimes, que me quieras. Tu desdén me mata. Cuando te pones algo bondadosa conmigo me siento revivir. Anoche estaba postrado, vencido, más triste que nunca, y con tu carta del 20 me envías valor y consuelo. Búrlate de mí, despréciame, pero he de confesarte aquí que tienes singular dominio sobre mi alma. Todas mis iras, todas mis rabietas contra ti son de enojo de que no me quieras. Me quiero ir a Cabra porque no me quieres; me quiero ir a una celda del Sacro Monte porque no me quieres; hago mil tonterías y sandeces desesperado porque no me quieres; deseo a veces morirme porque no me quieres. Aquí me tienes, pues, humillado, convicto y confeso. Quiéreme por amor de Dios. Juan» (7-22-83). Pero don Juan está ya en su declinación; es un señor don Juan sin *donjuanía*. Conserva su encanto de conversador, su exquisita sonrisa, su ilimitada gracia de andaluz refinado y cultísimo. Pero los negocios domésticos nece-

sitan para su estabilidad una base más sólida, de la que es cemento la seguridad económica. Esta correspondencia, mantenida sobre todo por don Juan con su mujer, deja entrever las serias dificultades domésticas por las que atravesaba la vida conyugal de Valera. Este quería —¿o tal vez no?— que Dolores fuera a unirse con él a orillas del Potomac, porque «aunque tú no me quieres nada, yo tendría mucho gusto en recibirte aquí y que pasaras algún tiempo conmigo, dado que te atrevieses a pasar el charco». Sabe que ni sus ruegos ni sus pinturas halagüeñas decidirán a su mujer a lanzarse al mar; por eso añade: «pero yo no cargo con la responsabilidad de obligarte (por mandato marital) *(sic)* a que pases el charco. Tú harás lo que quieras». Al fin y al cabo, el marido no está muy seguro de que a la esposa le interese o le atraiga la idea de reunirse con él. Aun sus cartas son para «darte fe de vida, si es que te importa». Don Juan necesita del cariño familiar, el de los hijos, a quienes echa mucho de menos, y también el de la mujer, y aun su posición de diplomático y jefe de misión le hacían necesitar a la esposa, que con su presencia engracia la casa y las relaciones sociales del esposo diplomático. Según él, el ministro de España está siempre en evidencia, lo cual tiene sus *pros* y sus *contras;* pero «... figúrate una mujer elegante y distinguida, gordita y de buen color, como no dudo que estás tú, y hablando admirablemente bien francés, español y portugués, y pudiendo pronto hablar no menos bien el inglés si sacudes la pereza. Para mí es evidente que te llevarían en andas; que serías el centro de la sociedad alta y de la *high life* de aquí y que me valdrías de mucho si aparentabas (al menos) quererme y considerarme». Pobre don Juan, mendigando no el cariño, sino su apariencia, de la esposa, a la que quiere colocar en el centro de la vida social yanqui, porque su presencia podría ser útil a su misión. Esta se desarrolla con grandes dificultades y, lo que es peor, sin que se divisen posibles horizontes de soluciones estables. Cuando en sus cartas habla de su soledad, del recuerdo amoroso de los hijos, de la ausencia de su vida familiar, hace aquella salvedad que deja ver en carne viva la lejanía afectiva entre los distantes esposos «(de ti no hablo porque no me puedes sufrir)». Ese paréntesis revela el triste abismo que separa a los esposos y que fue ensanchándose cada vez más hasta hacerse cruel e hiriente con ocasión de la muerte del hijo predilecto, Carlos: «Por nuestra desventura (y no culpo a nadie), el vernos y el vivir juntos con tan poco amor no puede ser gran consuelo. Por Dios, que no creas que me quejo de ti; me quejo de mi corta ventura.» Sin embargo, Valera se esfuerza por mantener su optimismo, y eterno idealizador de Eva, imagina a su mujer atractiva y a sí mismo, ingratamente tratado

por ella, lleno de amor, «aunque tan mal me pagas». Se siente feliz de que ella esté «más joven y menos fea que antes, lo cual, entendido por mí, que antes y siempre te hallé bonita, distinguida, elegante y graciosa, significa que has de estar muy guapa..., y que te vuelva yo a ver y a contemplar con mi pobre cariño desde hace tantos años, pagado sólo con desaires, sofiones y desdenes». Esto no impide que Valera se esfuerce por rellenar las grietas de su vida matrimonial halagando la vanidad femenina hasta en el terreno de las letras: «tus cartas, tan directas, sentidas y agradables, no pueden cansar a un hombre que te quiere de corazón, y que, aun cuando no te quisiera, tendría siempre el buen gusto suficiente para apreciar cuánto valen tu discreción y la fácil y natural elegancia y el hondo y verdadero sentimiento con que escribes». Una semana antes de abandonar la tierra norteamericana, Valera escribía estas líneas, contestando a carta de su mujer: «Lejos de enojarme contigo por tu carta del 18 del mes pasado, te estoy muy agradecido por cuanto en ella me dices; la he llorado y he vuelto a creer, al leerla, que me quieres, a pesar del desvío que hace tantos años me muestras.» Con todo, esas cartas críticas y regañosas de la mujer continuaron amargando a don Juan. En una ocasión contesta a aquélla: «Hasta el anochecer estuve ayer sin escribir, sin lavarme y sin vestirme. Triste día estuvo. Los encantos de mi *vie de garçon*. Compadécete de mí, en vez de quejarte.» Este desvío llega a veces al insulto, como se desprende de algunas expresiones usadas por Valera: «Ajan además tus quejas mi amor propio, pues parece que quieren significar que no te consideran por la poca consideración que a mí me tienen.» Esta queja de don Juan es frecuente en su correspondencia con la mujer, pues ésta le atormentó con esa idea humillante y cruel: «Mil veces te he contestado a eso con la mayor humildad y desconsuelo. Yo reconozco que en eso tienes razón, pero es duro y cruel que me lo digas. Si yo fuera, no un infeliz, dulce y resignado, no un Juan Lanas, que es lo que soy, por desgracia, sino un personaje ilustre, temido, importante en mi país, sin duda que nadie te desairaría. Pero si yo mismo soy desairado y burlado, ¿cómo soñar que por mí a ti te consideren?» El día 12 de abril de 1886 Valera dejaba la tierra americana (18).

La experiencia yanqui, dos años largos en la capital americana, no contribuyó en medida apreciable en la producción literaria de Valera. Lo mejor de su novelística había sido engendrado antes de 1880. Sólo dos obras, *Juanita la Larga* (1896) y *Genio y figura* (1897) son posteriores a su estada en Washington. La década 1880-1890 fue la menos fe-

(18) Para hacerse una idea de la escasa importancia diplomática o política de las actividades oficiales de Valera en Washington basta echar una mirada a *Papers relating to the Foreign Relations of United States* de los años 1884 a 1886

cunda en la actividad literaria de Valera. Otras preocupaciones le tenían distraído de lo que era su auténtica vocación: la de escritor y la de sibarita.—*FERNANDO IBARRA (University of Florida. College of Arts and Sciences. Department of Romance Literatures. LAINESVILLE, 32601, USA).*